

convulsiones continuas de una democracia turbulenta; exponerse á juicios severos, á luchas constantes, á proscripciones inmotivadas, parecíale una crucifixion continua de su cuerpo y un tormento dolorosísimo para su alma.

Además, á la sazón, en 1540, contaba veintinueve años Calvino, y afectos naturales al corazón é ideas propias de una vida como la suya le llevaban á querer un hogar, soñando con embellecerlo y santificarlo, por medio de una mujer legítima, buena y amada. Su casa entonces adolecía de tristeza y desorden. Servido por una viuda excelente á causa de su honradez, no tenía con ella posibilidad alguna de reposo doméstico por sus malhumor continuo y sus continuas querellas. Era la tal mujer un perro fidelísimo, mas que moría sin remedio á todo el mundo. Antonio, el hermano de Calvino, se fué de la casa comun, por no poder sufrirla; y al ver Calvino lo justificado y necesario de semejante salida, no tuvo mas remedio que despedirla y abandonarla á sus violencias.

El estudio continuo, la pasión por las ideas, la vida del espíritu, la entrañable amistad con tantos hombres ilustres, la ocupacion constante en trabajos intelectuales de primer orden quitábanle medios de adquirir un afecto profundo y ganar un corazón sensible: que tambien necesita del tiempo el amor. Jactábase con frecuencia Calvino de que la genial malicia no pudiese con fundamento atribuir su conversion á deseos de boda, como la conversion de Lutero; porque libre desde bien temprana edad, y ligado á la Reforma, tan opuesta de suyo al celibato, no habia pensado hasta los treinta años en contraer matrimonio. Y debe decirse con verdad, que al pensarlo, no le movía tanto la pasión del amor, como la idea de libertarse en el matrimonio, de la doméstica servidumbre á que le ataba el prolijo cuidado de una casa. Sus amigos mismos le buscaban mujer, como pudieran buscarle criada. Sus obras no revelan que estuviese el amor entre sus grandes cualidades y entre sus altísimas pasiones. Un matrimonio de razón, un matrimonio de conveniencia, un matrimonio de necesidad, más bien que un matrimonio de amor, merece llamarse, digan lo que quieran sus apologistas, el matrimonio de Calvino.

Ya por 1539, tenía el reformador arreglado y convenido un casamiento.

La Pascua de aquel año debía ver su felicidad. Los amigos todos de Estrasburgo habíanse dado cita para concurrir á tal fiesta doméstica; y Farel mismo habia prometido marchar á Estrasburgo á bendecir la fausta union. Pero la boda se deshizo. El reformador decía de sí, que no lo dominaban las pasiones hasta dejarse esclavizar por la hermosura. Su ceguera, en los momentos de mayor pasión, jamás llegaría al extremo de ignorar ó desconocer los defectos de la persona querida. Deseaba en su mujer el pudor, el recato, la obediencia, la modestia, la economía, la resignacion, y cierto cuidado que la llevase á ser como Providencia y medicina en la familia. El raciocinio, pues, más que el amor, le llevaba en aquel momento al matrimonio. Existían muchas familias en Estrasburgo, á causa de la continua emigracion francesa, y de los atractivos que para los alemanes y para los suizos tenía la ilustre ciudad del Rin. Y estas familias podían procurar á Calvino la mujer que con tanto anhelo buscaba en aquel instante. Entre tales familias, encontrábase la de un patricio alemán, quien tenía por el reformador ginebrino exaltado afecto, contándole con extraordinario entusiasmo, aunque con verdadera justicia, entre los hombres mayores de su tiempo. La especie de religion, que á Calvino consagraba el noble germánico, y la especie de gratitud que Calvino sentía por tanto culto, hacían frecuentes sus visitas é íntimo su trato. En aquella familia se encontraba una jóven distinguidísima, cuñada del patricio, que reunía con grandes prendas de cuerpo y alma, riquezas cuantiosísimas. Calvino repugnaba mucho este matrimonio por razón de la misma rica dote que su prometida tenía. Y la prometida, por su parte, no apreciaba tanto como su cuñado el genio de Calvino; y solo veía el rostro severo, el ceño adusto, la figura pobre, la pequeñez y poquedad materiales de aquel triste profeta, moral é intelectualmente tan grande.

Comprendiendo Calvino que no era por aquella mujer amado, se dejó de pretenderla y de cortejarla. Necesitando un pretexto, que le valiese al mismo tiempo que su libertad, la continuacion del afecto de su amigo, encarecióle mucho las dificultades, que para su hogar en el mundo, para su cargo en la Iglesia, para su ministerio en la religion, tendría una mujer ignorante de la lengua francesa. Y con esta feliz salida, sacudió el reformador su compromiso.



No estaba, sin embargo, de todo en todo tranquilo. El vacío de su corazón, la soledad de su hogar, la triste ausencia de una compañera que compartiese los dolores y las alegrías de la vida con él, traíanle malhumorado y triste. Además, falta de salud, había menester esa medicina, que solo conoce la propia esposa con profundidad y aplica con acierto. En estas, convirtiéndose la atención de Calvino a una señora verdaderamente distinguida, y a la cual conoció por mediación del célebre teólogo Buce. Nada en ella del esplendor y riqueza de su primera novia. Retirada, por completo, del mundo, y adscrita, por completo, al servicio divino de la nueva creencia, parecía una de las compañeras que llevaban los primeros cristianos al seno de las Catacumbas. Llamábase Ideletta de Bure, y había conocido ya los goces y las penas del matrimonio, como viuda de un apóstol de la secta conocida con el nombre de espiritual, a quien Calvino trajo en otro tiempo al seno de la Iglesia protestante. Nacida y criada en Francia, esposa de un revolucionario de los Países Bajos, con tal denuedo sostuviera las penas y tribulaciones de la continuada persecución, que se atraía y captaba las voluntades mismas de los más apartados y enemigos por religión y por creencias. Dos facultades capitales enamoraban a Calvino, la fe modesta y sencilla, el valor natural y sin pretensiones. Como no tenía fortuna que compartir con ella, ni riquezas que ofrecerle, invitóla a un afecto puro y sereno, a un hogar pobre y tranquilo: Idelette aceptó la invitación.

Verificáronse las bodas a fines de agosto de 1540. Los amigos de Francia lo mismo que los amigos de Suiza, todos a una, celebraron el nuevo estado y muchos de ellos corrieron a presenciar la ceremonia. Pero la esposa de Calvino jamás representó en el drama de su vida el papel importantísimo que representara Catalina de Bora en el drama de la vida de Lutero. Mujer de su casa, consagróse por completo a la familia e hizo del cuidado de la familia toda su religión y toda su existencia. El refrán castellano de «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa,» explica el concepto que Calvino tenía del matrimonio y el culto que reservaba a la mujer dentro del hogar. Para todo combatiente, constreñido por su hado a esas profesiones ruidosas, en que suelen cosecharse muchas glorias y muchos sinsabores, precisa la compañía de una mujer modesta, que haga de su corazón el puerto tranquilo y seguro, a donde no llegan jamás los embravecimientos de la exterior tormenta. Calvino

trataba de ocultar su mujer, como el ánimo pudoroso suele ocultar sus virtudes. Necesitado de ella para solaz del alma y para medicina del cuerpo, un tanto achacoso y enfermo, tuvo la contrariedad de que su mujer padeciese también achaques y enfermedades materiales, que oscurecían su alma y asombraban su hogar. Sin embargo, en muchos de sus escritos da gracias al cielo, por haberle deparado tan virtuosa compañera y haberle concedido el don celestial de la ventura doméstica.